

La
Financiera

NOVELA CORTA
El Bicho Gardo

Ediciones
La Luna

La Financiera

INDAUTOR No.

© D.R. Edgardo José Argáez Valencia

**© D.R. 2009, Ediciones La luna
Impreso en México.**

NOTA DEL AUTOR

En esta obra, los personajes protagonistas, nombres y situaciones de los mismos, son completamente imaginarios. Cualquier similitud con alguien del pasado o del presente, es puramente accidental, y no se debe identificar con ninguna persona o situación real.

*Aún sin cerrar los ojos,
la vida misma pasa por la
mente en un instante.*

*En ocasiones se detiene
si yo quiero, pero en otras...
sólo cuando ella me
abandona.*

José Argenvál

I

Parecía que no hubiera transcurrido tanto tiempo, pero la realidad en forma grotesca, le mostraba a gritos que habían pasado algo más de diez años. Fue aquel día cuando la conoció en el banco sin que ella lo notara... Como de costumbre, siempre lucía hermosa, inteligente, comprometida con el trabajo, llena de energía y enfrentando la vida con intensidad; sin embargo hoy, en ese lugar se encuentra solitaria pero deslumbrante, con la mirada fija en el ramo de flores que sus manos enguantadas sostienen... Se le observa ensimismada, aguardando con paciencia y vestida toda de blanco, bajo el umbral de la puerta principal de la iglesia, esperando en calma a que inicie la celebración litúrgica.

La capilla donde aguarda, forma parte de un

convento del siglo XVI, construido con bloques cúbicos imbricados de cantera rosa, cuya torre del campanario está integrada a un contrafuerte lateral, el cual forma en su parte inferior, un arbotante con arco de medio punto, a semejanza de un brazo largo, que refuerza a todo el conjunto. Bajo el velo, sus ojos verdes observan lentamente a su alrededor, un gran prado verde veteadado con jardineras de flores y cipreses, los que enmarcan la imagen del lugar del recinto, donde se llevará a cabo la ceremonia.

Posiblemente fue una coincidencia del momento o tal vez el destino, pero al comenzar a sonar las campanas, la brisa del medio día inició un suave acariciar, provocando que el velo de la mujer, súbitamente intentara volar de su cara, quien en un rápido reflejo alcanzó a controlar el escurridizo tul, al tiempo que el sacerdote la roció con agua bendita.

— *In nomine patri, et filii, et espíritu sancto...*
— utilizando el latín, el presbítero rezó a la manera antigua, mientras el infantil monaguillo trataba de seguirlo, enfundado en la sotana roja con el sobrepelliz blanco encima de la misma y por debajo de la muceta, que no es otra cosa más que una esclavina corta abotonada por la parte delantera, la que viste los hombros por

tratarse hoy de una ocasión especial.

El niño al sentirse partícipe de la ceremonia, sonrío a todos lados, es un puberto recién iniciado en estas actividades como aprendiz de acólito y por ningún motivo, se distancia ni un ápice del prelado, mientras con grandes esfuerzos, sostiene el recipiente de agua bendita del hisopo y hace muecas, al recibir de vez en cuando, algo del reparto de las gotas de agua en su cara.

— Amén — se escuchó decir a la aún joven mujer, en la plenitud de sus treinta y cinco años de edad, al sentir el rocío bendito.

— ¿Estás lista? — Preguntó el sacerdote, mientras se reacomodó la casulla, sobre la manga de su túnica Alba. mientras recordó, que esa vestimenta simboliza la caridad que cubre todos los pecados y es el soporte, al suave yugo del Señor.

— ¡Sí! — Categórica la dama contestó y esbozó una amplia sonrisa, la cual permitió mostrar su bien alineada y blanca dentadura, obra de arte de un amigo ortodoncista.

— Pues adelante, dejemos que el alma se colme de alegría — expresó el prelado, mientras con medio giro sobre sus talones y detrás del monaguillo, inició el caminar hacia el altar, seguido por la bella novia.

Del cuarteto de cuerdas situado en la absidiola de la iglesia, se dejaron escuchar los acordes de la marcha nupcial de Mendelson y un coro de monjitas bien entonadas llenó el ambiente del claustro. Fue entonces cuando el arquitecto Marcelo Martínez, sintió que el cuerpo se le estremecía y ponía *chinito* de la emoción.

— Seguramente ella también tembló al escuchar la música y ahora tiene la piel erizada — habló para sí mismo, al tiempo que su mente voló *ipso facto* a su hermoso y blanco cuerpo... recordando, cómo al acariciarle sus hermosas piernas, los poros respondían inmediatamente, poniéndole *la piel de gallina*... Sintió como el sudor comenzaba a recorrer el cuello..., movió la cabeza como si temblara... y aspiró profundo.

Al sentirse así, instintivamente buscó a la distancia aquellos ojos verdes, los que en concurrencia los encontró también mirándole, acompañados de una cariñosa sonrisa.

Apenas logró escuchar la segunda campanada, cuando su mente en histérica rebeldía le grito: << ¡No!, ¡no puedo creer lo que está sucediendo y sobre todo..., no acabo de entender, el hecho mismo de encontrarme

aquí! >> pensó, cuestionándose de manera por demás nerviosa, y permitió que su mirada recorriera el interior de la iglesia, sin detenerse en nada.

II

Con el mirar en alto y la marcha a medio paso, Ivette observó la cúpula repleta de diversos motivos de ornato, todos ellos adornos extremadamente recargados en oro, que de modo especial brillaban a las luces de los candelabros.

Un profundo suspiro la regresó al momento que vivía y recordó: << no sé por qué la mayoría de la gente en las bodas, entra en procesión. Primero los pajes, el novio acompañado por su madre; el padre del novio del brazo de la madre de la novia y el padre de la desposada con la novia, quien es el que la va a entregar. ¡Qué absurdo!, si en primer lugar, no tiene que ser entregada. Ella sola viene por su voluntad y no tiene que pedirle permiso a nadie,

simplemente por ser mayor de edad y dueña de su propia vida; de manera que la novia debe entrar sola, mientras los demás participantes, en el interior la deben de esperar >>.

A pesar de sus pensamientos, sonriente continuó su paso, observando a todos las amistades y familiares que ahí se habían reunido para acompañarla.

— ¡Mamá, mamá, mira a la tía Ivette, parece una reina! — Gritó una rapazuela que jalaba el brazo de su progenitora.

Al escucharla, la novia inclinó el cuerpo y acercándose a la niña, le acarició la cara con la punta de los dedos... Fue entonces cuando, en un relampaguear de su conciencia, se vio de esa edad, arriba en la azotea de la casa, con sus hermanos. Eran cinco los que estaban: tres varones, su hermana Lupe y ella... Jugaban a la pelota.

Nunca supieron del peligro que corrían, hasta que en el atropello de sus movimientos, se toparon con la antena de la televisión, la cual con un golpe de improviso la deformaron y súbitamente cambió la orientación, de tal forma que la imagen en el televisor ya no se logró observar. Se miraron las caras y al instante, se escuchó un fuerte grito desde abajo que

preguntó.

— ¿Qué hicieron chamacos de porra?

Rápidamente temerosos reaccionaron y al mismo tiempo de la respuesta de << nada mamá >>, Roberto el mayor de ellos, se subió a un cajón y con un tubo de fierro que ahí se encontraba al haber sobrado de la instalación, intentó mover la antena. Con dificultad la empujó por la parte de arriba, intentando dejarla como antes, sin embargo, el cajón se movió e hizo perder el equilibrio al niño, el cual continuó agarrado el tubo sin poder equilibrarse, cayendo sobre los cables de corriente eléctrica de la compañía de luz. En un instante, se produjo un espantoso trueno, haciendo que la energía pasara a través del cuerpo del chamaco, para luego la chispa salir por sus extremidades, destrozando éstas en un santiamén.

El cuerpecito quedó inerte y totalmente quemado. No respiraba. La tarde se llenó de gritos y llantos de los niños atemorizados, llamando a la madre.

Ivette recuerda, que se quedó petrificada, con las manos en la boca y los ojos agrandados sin saber que hacer. Todos corrían y gritaban a su alrededor, nadie le hacía caso, pero no lloraba.

Ninguna lágrima salió de sus ojitos, únicamente repetía quedo una y otra vez: <<Robertito... Robertito... Robertito...>>.

Pasado un rato, observó como envolvieron el cuerpecito en una cobija y lo bajaron. Ya no respiraba. Estaba con Dios. Ella quieta continuó así por largo rato, hasta que empezó a oscurecer...

Recordó que esa escena, siempre le acompañó durante su vida hasta el día de hoy. La había marcado para siempre, otorgándole extrema sensibilidad, haciéndola diferente.

La tercera campanada se escuchó y la regresó al momento actual. Por un segundo, la vista se le intentó nublar por la emoción, aunque no llegó a enrasar sus ojos aceitunados. La sonrisa tampoco alcanzó a modificarse, solamente fue un instante... Un simple *flashazo* de la memoria

La sobrinita sonriendo, le envió un beso tras su mano. Ivette le contestó con un guiño.

III

Las centelleantes lucecillas rojas, las cuales intentan de alguna forma, simular las flamas de las veladoras en los candelabros y pretenden burdamente iluminar la figura del Arcángel Gabriel, jalaron la vista de Marcelo y, como un chispazo, arrastraron su recuerdo a los finales de los años setenta..., y en ese chisporroteo de luces deslumbrantes, su mente las transformó en una torreta de auto de policía.

Marcelo tenía ya un largo rato de espera, en el interior de una sucursal bancaria, de la plaza comercial de Ciudad Satélite. Aquel día, acompañaba a su prima, una hermosa mujer de 26 años y también arquitecta de profesión, para efectuar un depósito de dinero en efectivo, el cual llevaba en un sobre repleto de billetes de alta denominación. Se encontraban en un

sofá para tres personas, esperando el turno a ser atendidos por el funcionario bancario, en el escritorio localizado frente a ellos, a unos cuantos pasos de distancia.

De improviso, todos los que allí se encontraban sufrieron un sobresalto. Cuatro hombres armados irrumpieron súbitamente al interior de la sucursal y después de amagar al policía y desarmarlo, con un fuerte grito llamaron la atención de los presentes, logrando imponer silencio. El pánico se apoderó de los clientes y funcionarios, quienes se inmovilizaron, en tanto algunas mujeres comenzaron a gimotear.

- ¡Atención! ¡Esto es un asalto! — Con voz fuerte y firme, el que parecía ser el líder del grupo, se dirigió a los asustado clientes, mientras otro, presuroso procedió a cerrar las puertas del Banco.

Después de un momento de silencio en el que se pudo escuchar claramente el tráfico de autos del exterior, de nueva cuenta se escuchó la voz del asaltante como un trueno:

- ¡Si mantienen la calma y nos obedecen, no habrá ningún problema y nadie saldrá lastimado! ¡Los que están parados, échense al suelo boca abajo y permanezcan quietos! ¡Quienes se

encuentren sentados, únicamente inclínense hacia delante y pongan su cara sobre las piernas y sus manos sobre la cabeza donde las podamos ver! ¡Por favor cierren los ojos y no nos vean!

- Es Ríos Galeana y su banda. Es el más famoso asalta bancos del país. — Un susurro procedente de uno de los espantados funcionarios bancarios, se escuchó.
- ¡Cállense! ¡Ya les dije que se estuvieran en silencio o vamos a tener que callarlos por las malas! — con voz firme pero tratando de ser conciliadora los conminó — ¡Por favor, sean conscientes y cooperen para no tener dificultades!

Con esta forma tranquila de expresarse, buscaba el asaltante hacer pensar a los espantados clientes, que no era un vulgar truhán quien hablaba y esto le permitía al roba bancos, siempre facilitarle mucho las cosas durante el golpe, dando como resultado, terminar el trabajo sin ningún hecho de sangre. Era su signo distintivo, que lo distinguía de los demás delincuentes.

La hermosa arquitecta, llamada Irene Roma, era una mujer delgada de cabellos color castaño claro y enchinados. Vestía cotidianamente de forma por demás llamativa

<< como arquitecta rica, decía >> y en esta ocasión, consistía en una corta minifalda que llenaba adecuadamente, haciéndole resaltar aún más, sus finas y atractivas piernas y caderas.

Al darse cuenta Irene que uno de los asaltantes recorría la sala de la sucursal, amedrentando a cada una de las personas para quitarles las joyas, relojes y el dinero que habían recién cobrado o aquél que apenas iban a depositar, la arquitecta con mucho disimulo, se sacó los anillos de los dedos, lo mismo hizo con la pulsera de oro que portaba y, sin hacer notar movimiento alguno, los introdujo en el intersticio que se forma entre el cojín del asiento y el respaldo. De igual manera procedió con el sobre conteniendo el dinero. << Esto no me lo quita nadie, ni esta sarta de pendejos >> pensó, utilizando el lenguaje florido que acostumbra a emplear cuando habla con los albañiles, durante los colados de losa en las obras que construye.

De improviso, se sintió pesadamente acechada..., de manera que, con mucho cuidado, desde la posición acurrucada en la que se encontraba, movió la cabeza lentamente a un lado, en busca de quien presentía le observaba con insistencia. La cara de Ríos Galena se topó con su mirada y no le

quedó de otra, más que sonreír, cual niña pillada en una travesura.

- Señora bonita..., por favor no me vea, puede ser peligroso para usted. — Le ordenó a la arquitecta con mucha gentileza, el máximo asalta bancos de todos los tiempos en México.

Con prudencia Irene cerró los ojos y regresó su cara sobre las piernas, << pendejo, pero tú si puedes estarme observando tanto como te da la regalada gana, hijo de la chingada..., segura estoy que me estás viendo las piernas güey, pero a pesar de todo este desmadre que eres..., no te ves tan mal, luces atractivo >> pensó.

Era tal la fama que precedía al famoso ladrón, que ya se consideraba una leyenda popular urbana de la Nación. En una de tantas ocasiones fue detenido y encarcelado en la prisión de mayor seguridad de la capital, sin embargo, poco después, en una oportunidad bien planeada, se logró fugar utilizando un helicóptero, el cual aterrizó en pleno patio del interior del penal, donde los reos se encontraban en ese preciso momento jugando al fútbol. Los guardias sorprendidos no actuaron de forma alguna y al ser interrogados posteriormente, declararon al ministerio

público, que: "...pensamos únicamente que se trataba de una visita de algún alto funcionario, como habían sucedido en diversas ocasiones anteriores..."

A raíz de la hollywoodense fuga y después de haber aparecido en todos los periódicos locales y de circulación nacional a ocho columnas, la imagen de héroe popular se incrementó tremendamente, tanto que se llegaron a cometer robos bancarios simultáneos, en distintas sucursales de la capital, y coincidentemente en todos ellos, los testigos declararon, sin duda alguna, que Ríos Galeana había sido el asaltante. Aquella vez tampoco fue la excepción. Por sólo una diferencia de cuarenta y cinco minutos de la hora en que estaba sucediendo el atraco, donde Marcelo e Irene se encontraban, fueron asaltadas también dos sucursales más; una en Tlanepantla y la otra en Puente de Vigas, localizadas en un radio de cinco kilómetros a la redonda, mientras la policía investigaba el robo al banco de la plaza comercial. En aquella ocasión, un comentarista del noticiero de la televisión dijo: "... es tan experto en su trabajo, que se da el lujo de planear, optimizar y coordinar los tiempos y movimientos de la policía, con sus asaltos en serie, mientras lleva a cabo su productiva huída, confundiendo aún más a los guardianes del orden, que los

persiguen...”.

Durante el asalto, mientras uno de los ladrones les quitaba sus pertenencias a los clientes, otro encañonó al gerente del centro bancario y lo obligó a abrir la caja fuerte, para llenar rápidamente unos sacos de lona con billetes. El gerente y un asistente tuvieron que ayudarles bajo amenaza de sus vidas, al haber sido encañonados con fuerza, pero sin lujo de violencia, porque invariablemente, estos asaltantes todo lo pedían de buena manera y por favor.

Tan rápido como llegó la banda, se retiró y justo al pasar junto a la arquitecta, el célebre Ríos Galeana, con la metralleta en las manos, dobló su cuerpo para acercar su cara a ella y le susurró:

- Señora bonita..., ya puede sacar sus anillos de donde los escondió, pero por favor, no me mire o se pare de su lugar...

Sin levantar la vista, con voz apenas audible, únicamente hablándose para si misma, Irene utilizando malas palabras balbuceó:

- Chinga tu madre pendejo, qué susto me sacaste... Pero no cabe duda, después de todo..., también eres todo un

personaje, con razón, los periódicos coinciden, en que eres el ladrón caballero.

- ¡Que nadie se mueva hasta que salgamos! ¡Si alguien lo hace...! ¡Se muere! — Fue lo último que se escuchó, además del murmullo de la respiración agitada de todos los ahí presentes.

Al iniciar la carrera hacia el auto que los esperaba con el motor funcionando, Ríos Galeana de reojo miró a la arquitecta y esbozó una sonrisa...

Las flamas fictas de las supuestas veladoras que alumbran al Arcángel Gabriel, regresaron a Marcelo de nuevo al presente, quien pensó: <<Unos cuantos años después del asalto, Ivette apenas tendría dieciséis años de edad y en otra ciudad, pronto estaría iniciando su carrera en los bancos y le platicaría esta anécdota, sintiendo un ligero temblor del cuerpo, al comprender lo peligroso de ser banquera. Ahora es toda una directora del Banco donde presta sus servicios, y mírala..., -se dijo el arquitecto sorprendido-, lentamente con toda calma camina hacia acá..., radiante, vestida de blanco y con la sonrisa de felicidad en su rostro. ¡Válgame Dios! >>.

Un nuevo tañido de la campana, pero ahora

repleto de melancolía, terminó de vibrar por todo el recinto y en resonancia, contagió al hombre enamorado.

IV

Allí estaba Marcelo nervioso... De pié esperando la continuación del evento religioso. Las manos le sudaban en exceso y se encontraba casi al límite de un desastre; sin embargo, aún no podía digerir en su totalidad el alcance de lo que pudiera ser. A pesar de su edad, se sentía inmaduro a lado de ella, mientras Ivette reflejaba todo el conocimiento de vida, la capacidad de amar y la experiencia que le dio el Banco en tantos años, tramitando y concediendo créditos por muchos millones de pesos; hoy sola, camina segura como siempre, hacia su destino; con la mirada satisfecha, como si fuera a comerse un delicioso pastel de fresa, acompañado con un capuchino helado... Así, con esa sobrada seguridad que invariablemente siempre la definió, Marcelo absorto y abrumado, la veía venir paso a paso.

Con sus treinta y cinco años de edad, Ivette Fernández de la Rosa, hermosa mujer, rubia, de gran entereza y tanta voluntad, cuya energía le fluye en exceso, tanto para resolver problemas cotidianos, como aquéllos otros difíciles, en los que tarda un poco más. En ocasiones, su actitud prudente y positiva, le permite atender con juicio las situaciones problemáticas y aquéllas surgidas en las juntas del Banco, las que con calidez humana y voz suave edulcorada, las soluciona al escoger el punto clave del asunto, utilizando su estribillo peculiar de siempre: <<Vamos a ver como resolvemos esto primero..., después haremos el resto >>.

- ¿Cómo no podría haberme enamorado de ella? — se cuestionó Marcelo en voz muy baja —, si el sólo hecho de verla pasar, de observar el movimiento de su pecho al respirar, o al escucharla hablar, ocasionan en mí la distorsión de los sentidos. Podría pasar las horas sentado en la sucursal, simplemente viéndola actuar, no obstante de sentir la duda y un gran temor, ante la terrible posibilidad de saberme no correspondido en igualdad de condiciones y reciprocidad. Sin embargo, a pesar de todo, el tiempo por si mismo me convenció. Realmente... Ella me amaba.

Aspirando profundamente, observó de reojo el altar de San Antonio, pareciera que el santo lo viera... y sin querer dejó escapar un suspiro, sirvió para relevar la presión interna, y así continuó platicando con su mente:

<< Pero siendo sincero conmigo mismo, aquella vez, realmente tembló mi alma de inseguridad. Cuando varios meses atrás, Ivette se encontró con aquel hombre. Era Juan, ex compañero del Banco, a quien ella admiraba mucho; el que había renunciado al puesto de directivo nacional de la institución financiera, dejando a un lado el *status* económico y de posición social, que le proporcionaba ese alto nivel jerárquico en la institución y, haciendo a un lado todo lo material, entró al seminario, para abrazar la carrera eclesiástica. Recuerdo muy bien esa ocasión... Fue cuando ciertamente la sentí dudar de su proyecto de vida; al no darle ella en ese justo momento, el suficiente valor a todo lo luchado y sufrido anteriormente, para lograr sus objetivos, y en consecuencia, también de su amor por mí, a quien en varias ocasiones dijo que amaba con todo su corazón >>.

Inmerso en esa concentración obsesiva, el arquitecto Martínez dejó fugar las palabras de la mente y en murmullo reflexionó:

- Recuerdo cuando la vi recién llegada de sus vacaciones. La piel blanca se le había transformado en un dorado sensual, que hacían resaltar aún más los ojos verdes..., sin embargo, su alma venía agotada. Sí, agotada de vivir en banalidad, de dudar del valor de sus metas personales, de saber que podría acceder a la búsqueda de la perfección espiritual... Ese día pensé que la iba a perder, ya no sería mía... Durante la noche, dicho pensamiento no me permitió conciliar el sueño y rebotó en mi conciencia una y otra vez. Ni el truco de prender la radio para que la mente se distrajera y así poder “agarrar” el inicio del sueño sirvió. El canto de los pájaros en el jardín y el lejano rebuznar de un asno, indicaron que el sol iniciaría su levante.

Ivette no había terminado de saludar a quienes la recibieron en su regreso, cuando con ansiedad, le platicó a Marcelo lo vivido en aquel proceso de ordenamiento de su amigo Juan, que al ser tocado por la mano de Dios, había decidido tomar la sotana bajo la protección de la orden del Opus Dei, para lo cual la invitó especialmente a la ceremonia, que se llevó a cabo en la catedral de la

diócesis de Mazatlán. No supo que pasó, pero al poco rato de haber iniciado la ordenación, se sintió invadida por una gran calma y entonces, cuidadosamente ya no perdió detalle de lo acontecido. En realidad lo vivido esos días, le había tocado el alma, sin duda alguna, se encontraba sensible y motivada.

Al percatarse que la podía perder, raudo Marcelo, bloqueó la plática con un comentario:

- ¡Ajá...! No podía ser de otra manera... Se metió a una congregación de ricos y de extrema derecha, defensores del capitalismo — expresó con molestia, toda vez que su formación educativa provenía de los Jesuitas, orden de posición filosófica aparentemente contraria, quienes con base al maestro y padre de la iglesia, Teilhard de Chardin, promueven el socialismo cristiano y la teología de la liberación.

No había duda, que por despecho lo había comentado en voz alta, para que a propósito ella lo escuchara. Celoso de saber que la podría perder, remarcó todavía más su posición en contra de la orden a la que pertenecía el próximo, “tal padre Juan”. De manera que, pretendiendo reafirmar lo irónicamente comentado, Marcelo Martínez

prosiguió:

- Debido a que el santo padre Juan Pablo II proviene de un lugar donde tuvo que luchar desde su niñez y luego durante la juventud, hasta llegar a obispo, en contra del socialismo y comunismo, es por demás lógico, pensar que tuviera una aversión a estas corrientes filosóficas y por lo tanto, una predisposición favorable al mundo capitalista, el cual fuertemente lo apoyó en su lucha. Entonces por consecuencia, durante su papado, bloqueó y retiró su apoyo a los jesuitas, hasta el punto en que casi hizo quebrar a *“la fuerza, que por siempre había determinado el rumbo y la protección de la iglesia”*, e incluso le quitó el derecho de audiencia al padre Arrupe, general de la orden de los Jesuitas, quien todos los domingos a primeras horas de la mañana, orando en un reclinatorio a las puertas de la sede de esa orden, que se encuentra a la vuelta de la salida del Vaticano, esperaba en vano a que el Papa ordenara detener el vehículo, en su salida hacia una de las iglesias de la diócesis de Roma, donde le tocaría officiar ese fin de semana, y le dirigiera la palabra y bendición; lo que hasta el día de su muerte nunca sucedió. Sin

embargo, al Opus Dei le otorgó su apoyo incondicional para crecer y el derecho de reportar directamente al Papa, sin tener que supeditarse a la jerarquía de los Obispos de sus diócesis... Congregación que es la única en toda la iglesia católica que tiene ese favor. Pienso que no fue justo. — Concluyó Marcelo.

- No sé y no entiendo bien que dices cariño; lo único que sé, es que ahorita ya no sé nada de mí. — Comentó Ivette.
- Hummm... Me parece verte como monjita o supernumeraria del Opus Dei — remarcó Marcelo, con un poco de dosis de sarcasmo por el ardor de celos, que en ese momento sufría y roía sus entrañas, aunque al ver la cara llena de tristeza de la mujer, rápido trató de corregir —. Bueno, bueno, después de todo, cariño creo que no lo harías mal, al contrario, te veo como madre superiora, luchando por el beneficio de los pobres y desvalidos, tal vez creando una orden propia, como la creada por la madre Teresa. Por tu capacidad financiera, te observo presionando a los empresarios y políticos para que donen recursos para las misiones, así como administrando y acrecentado tu congregación.
- ¿A poco así me ves?

- Bueno, ahorita sí, y la verdad que no sería malo, al contrario, en serio digo que serías un beneficio para la humanidad y te lo comento de verdad; abriendo mi corazón, a pesar del dolor de sentir que te puedo perder, porque Ivette... Estoy muy, pero muy enamorado de ti.
- ¡Ay amor!, no pienses más en eso. La verdad es que me da miedo dejar lo que siempre he sido, no tengo duda que el tiempo me regresará a lo que soy y he sido. Una mujer que trabaja en un Banco.
 - Con ternura se acercó al hombre y le besó donde termina la comisura de los labios. No había sido un beso completo, únicamente un beso para calmar los ánimos y las incertidumbres de Marcelo; por su parte, el hombre al sentirlo frío, respondió con un beso abrasador, más que eso, muy posesivo, tratando de recordarle que ella era de él. Su lengua recorrió todo el interior de la boca, lo que como consecuencia dio como resultado, terminar haciendo el amor sobre la alfombra de la sala, en el departamento donde se encontraban, lo que la mujer con prudencia permitió.

De regreso de lo vivido meses atrás, el arquitecto Martínez observó como Ivette, ya situada a media nave central, saludó con un

leve movimiento de cabeza, cuando pasó junto a las compañeras de toda su vida en el Banco.

El estrepitoso retumbar de los tímpanos, por el sonar nuevamente de la campana, recordó a Marcelo dónde se encuentra y lo que va a suceder. Consternado, giró la cabeza a la derecha, levantó la vista y fijó su mirar en el Mártir del Gólgota.

- Señor no soy digno de ti... Ni de ella. —
Con grandes esfuerzos tragó saliva,
respiró profundo y guardó silencio.

V

Al progresar la marcha de entrada a la iglesia, justo al pasar frente al gran jefe del corporativo del Banco, quien era tomado del brazo por su esposa, una dama de la alta sociedad de Monterrey, saludó asintiendo la cabeza, junto con un rictus nervioso parecido a una sonrisa, al recordar el cariño tan especial que siente por él. Rememoró como la había protegido en el pasado, cuando ella era una joven cajera novata, recién asignada a una sucursal, donde el grupo que ahí trabajaba, no la integró cuando por primera vez llegó a iniciar sus labores. Fue por demás notorio el que no la quisieran aceptar. Recordó entonces, que nerviosa y a punto de llorar se preguntó: <<¿por qué no me querrán?, yo no les he dado motivo alguno para que estén en contra de mí>>.

Un par de meses después, la situación por si misma se descubrió, pero de pronto, ella se vio envuelta sin saberlo en el mismo problema. Cuando alcanzó a darse cuenta, ya la trataban de culpar de algo, en que no había participado.

Sucedió que, la cajera mayor de la sucursal bancaria, una joven delgada, guapa y de carácter fuerte, con veintiséis años de edad, se relacionó con un cliente bastante mayor que ella. Esta persona era el tesorero y accionista de una nueva empresa de autobuses de pasajeros, la cual pretendía crecer para llegar a ser la principal competencia, de la línea de transporte más importante de la región, ya establecida desde hace muchos años. La verdad es que ambos eran de la misma población y se conocían desde la infancia de ella, de manera que la relación ya había nacido fuera del banco. Él era casado con familia, sin embargo la jovencita se sentía extremadamente enamorada, tanto que concibieron un hijo y llevaban una vida paralela. La *vox populi* de la población corría el rumor, que además de los sentimientos que prevalecían en esa relación, él la controlaba de manera total y frecuentemente le propinaba golpizas, de manera que: enamorada y además atemorizada, le obedecía en todo lo que él decía. Fue de ahí donde se inició el fraude, o como alguien dijo tiempo después: “la punta de

la hebra”.

Entusiasmados por el tesorero, el grupo de empresarios de la nueva línea, ideó un mecanismo para agenciarse recursos extras y así obtener y operar un crédito, con el fin de adquirir un lote adicional de autobuses. El crédito no era proporcionado por el Banco, sino por el fabricante de una marca nueva de vehículos automotores, la cual otorgaba el financiamiento con muchas facilidades, a fin de vender sus propias unidades y abrir el mercado, que lo dominaban otras marcas ya establecidas.

Así de esa manera, la obtención del préstamo no fue problema, lo difícil era el cómo pagarlo, ya que los autobuses de esa empresa viajaban casi vacíos, porque el público prefería la línea ya establecida, debido a que el servicio y los autobuses eran de mejor calidad. Fue entonces que el tesorero convenció y presionó de malas maneras a su concubina, para llevar al cabo el mecanismo planeado y así obtener los recursos financieros necesarios, a partir de las operaciones cotidianas del Banco, y entonces poder pagar las mensualidades del crédito.

La cajera mayor, convenció a tres de sus compañeros para que la secundaran en los movimientos, al ofrecerles una parte de los

recursos recuperados. Ellos no se sentían inseguros, porque no tomarían dinero del Banco, ni tampoco afectarían a los clientes, ya que todos tendrían lo que esperaban. Era la época en que todavía no había computadoras en las cajas y el procesamiento de la información era manual, y por otra parte, las tasas que pagaban las inversiones en mercado de dinero, eran altísimas, por el ambiente inflacionario que existía en el país.

Ésa era la razón, por la cual el grupo de la sucursal, no quería juntar a Ivette la novata, no confiaban en ella, y decían que era una muchachita sin experiencia, que se asustaba por cualquier cosa y podía echar a perder todo lo planeado.

— La operación es muy sencilla — explicó el Presidente del consejo de administración de la nueva línea de autobuses —, pero dejemos al Tesorero, quien ideó el mecanismo, sea el que nos lo explique.

Sin levantarse del lugar donde se encontraba, aspiró profundamente el cigarro que en ese momento tenía en su mano y comenzó a exponer:

- Es conocido por todos, que la mayor cantidad de la gente deja sus ahorros, en cuentas de bajo pago de intereses, ya sea por que la cantidad a invertir es pequeña y no llega a los niveles requeridos para las fondos de alto rendimiento, o porque es gente que a pesar de tener fuertes cantidades de ahorro, busca no correr riesgos, ya que, como ustedes saben, el mayor pago de intereses, es porque los instrumentos de inversión están basados en operaciones de capital variable y soportados en acciones de riesgo en la casa de bolsa. Sin embargo, nosotros conocedores de esta situación, sacaremos el mejor provecho.
- A ver explícanos como va a ser la maniobra — preguntó uno de los accionistas moviendo las manos como si fuera a envolver un paquete.
- Muy fácil — dijo remarcando las sílabas mientras dejaba el cigarro en el cenicero y tomaba una hoja preparada previamente con un ejemplo para hacerse entender mejor y continuó —. Cuando toda esta gente llegue con sus formas de inversión elaboradas por la secretaria, se les sellará al recibir el dinero, pero no se ingresará al Banco, sino que se elaborará una lista donde se

llevará el control de cada persona que invirtió y se le calculará el interés correspondiente. Al fin del día, el dinero recolectado de los clientes que no se invirtió, se deposita en la cuenta de nuestra nueva línea de autobuses y se invierte en documentos de alto rendimiento. De esta manera, siempre se genera mayor cantidad de intereses. Generalmente la mayoría de la gente pone todo a reinversión, de manera que casi no saldrá dinero y si en algún caso, algún cliente quisiera sus intereses o disponer de su inversión, dicha cantidad se obtendrá tomándolo de la cuenta de la empresa camionera. Así los clientes recibirán su dinero sin problema o papeles debidamente elaborados y sellados, pero falsos y nadie se podrá percatar de lo contrario, debido a que siempre en la cuenta de la línea de autobuses, habrá suficiente dinero para responder por los pagos, porque las tasas de nuestras inversiones son mayores, y el Banco de esta manera no se afecta, porque sigue recibiendo el total del dinero de los ahorradores, pero ahora concentrado en sólo una cuenta...

- Tal parece que no debe haber problema alguno, eres todo un genio. Pongamos

todos, manos a la obra. — Al unísono los ahí presentes festejaron.

— Más bien, manos al dinero... — se escuchó decir en el grupo mientras reían.

Y así fue, hasta que después de varios meses, la contraloría de la institución financiera, detectó la concentración indebida de inversión y fueron detenidos todos los empleados. En el reporte de auditoría interna del Banco, el resumen ejecutivo, con pocas palabras, estableció que: "...este grupo de empleados bancarios, estableció su propio banco dentro del Banco comercial y lo operó...", no obstante como no había quebranto al Banco, ni tampoco a los ahorradores, porque no existía reclamo alguno, ya que recibían lo que supuestamente habían contratado, únicamente fueron acusados por faltas administrativas y mediante la gestión del abogado de la empresa transportista, salieron libres bajo fianza y después fueron reinstalados en otra sucursal. En el caso de la chiquilla Ivette, la cajera novata, todos los integrantes del fraude, en un momento de "honestidad", declararon que no tenía nada que ver en el asunto, de manera que no fue molestada, pero el susto y los nervios del momento nunca los olvidó. La tan ambiciosa nueva empresa de autobuses, después de un corto tiempo quebró.

A Ivette le vino a la memoria, que hoy apenas unos cuantos meses atrás, se detectó en un Banco de los pequeños, una situación similar, la cual quedó descubierta por la crisis financiera mundial, debido a inversiones en derivados en dólares, que se desplomaron perdiendo su valor; sin embargo, ahora quienes perdieron su dinero fueron los ahorradores, ya que la institución financiera les hizo firmar una carta en que dejaban en plena libertad al corredor de inversiones, y porque generalmente las órdenes de invertir en tasas fijas, las daban los clientes verbalmente o por teléfono, de manera que los ejecutivos de cuenta efectuaban exactamente la misma vieja operación.

Entonces, cuando los clientes llegaron a retirar sus ahorros, se les informó que no lo podían hacer, porque habían comprado acciones de derivados de dólar, para que se ganaran más intereses. Les dijeron que posiblemente en ocho años les retornarían el dinero, mediante unas acciones del mismo Banco. La dama financiera, suspiró al pensar que el Banco con problemas, era otro ajeno a donde trabajaba.

Al pasar frente a la imagen de San Judas Tadeo, el santo de las causas difíciles, se persignó. Fue únicamente un breve instante, en el cual, se escuchó otra campanada.

En tanto, el cuarteto de cuerdas de cámara, *ad libitum* en *adagio*, continuaba interpretando la marcha nupcial.

VI

Al caminar por el pasillo central de la nave de la capilla, a la aún joven mujer, le vino a la mente, el como pasa tan rápido la vida, <<igual que las hileras de bancas al caminar por el pasillo central >> pensó Ivette, << pareciera que hace poco empezara hacer mis *pininos* en el Banco. Flaca y escurrida, con apenas dieciséis años, nerviosa como si tuviera hormigas en los pies. Todo mundo me asustaba, en especial los clientes cuando reclamaban algo, pensando que había sido un error del Banco, aunque bien supiese que la causa hubiera sido culpa de ellos. Me sentía sola y rechazada por los compañeros. No sabía como comportarme.

Luego vino aquel asunto, el de la inconsistencia de las inversiones, que dio cómo

resultado, se descubriera el doble manejo de los recursos financieros: “*El Banco dentro del Banco*”. Fue una experiencia horrible, cuando capté el arribo de los auditores de la institución, entrar por la puerta de la sucursal, acompañados por la autoridad policíaca. Sentí que desfallecía y comencé a llorar en silencio, arrinconada en mí misma, hasta que la mano del gerente en mi hombro y sus consejos, me hicieron reflexionar. Yo no había hecho nada malo, todo debería de esclarecerse poco a poco, sin embargo la ayuda de José Salvador fue de lo mejor para mí en esos instantes >>.

Y los recuerdos de Ivette, continuaron su derrotero a través del tiempo...

... Al principio me veían como la niña que trabajaba durante el día, y por la tarde, más bien entrada ya la noche, estudiaba en la escuela Bancaria, pero al paso del tiempo, mi cuerpo fue tomando forma de mujer y comencé a notar que mis compañeros me miraban y cambiaban impresiones. Sabía que estaban hablando de mí. Me sentía como muñeca en aparador o como la chica de Cuerámaro, o mejor dicho, de Pénjamo, por aquello de la canción de José Alfredo Jiménez que canta: “...Si una muchacha te mira y se agacha... es que es de Pénjamo...”, bueno, así me sentía. Sin embargo creo que siempre había tenido la

idea fija de ser banquera. Recuerdo cuando aún estando en la época en que asistía al *kindergarten*, después de haber acompañado a mi madre al Banco, poniendo la cara muy seria le dije: "... Mamá, ya se lo que voy a ser cuando sea grande, voy a ser cajera de Banco, para tener en mis manos toda esa gran cantidad de dinero...", y ella me explicó que ese dinero era de los clientes, no de la gente que trabajaba ahí, no obstante, en toda mi infancia siempre jugué con el dinero del juego de mesa llamado "*Turista*", contando los billetes y formando montoncitos de diferentes tamaños y colores, seguramente había heredado un don especial, que posteriormente reafirmé en la escuela primaria, donde disfrutaba las tareas escolares, en las cuales tenía que calcular tantos por cientos e intereses simples y compuestos.

A pesar que mi familia intentó darme otras opciones, por medio de clases de baile y largas pláticas donde abundaban las descripciones de otras profesiones para mujeres, tales como doctora, abogada, o madre de familia, mi obcecada idea fue siempre la misma, hasta que llegó el día en que pude tomar la vida en mis manos y lo decidí. Entré a trabajar a un Banco.

Nunca pude acostumbrarme a las ingratas

insinuaciones de mis compañeros, las que eludía con el pretexto de ir a la escuela y ahí, al conocer a otras personas en el salón de clases, mi mente se olvidaba de esa molestia, sin embargo, nunca salí con nadie, ya que no quedaba más tiempo. Cada día era lo mismo: estudiar, dormir y regresar a trabajar al día siguiente.

Siempre soñé, que un día llegaría alguien que me llevara por el mundo y el universo, aunque no llegara necesariamente en un caballo blanco, ni tampoco, que este corcel fuera un Ferrari.

— Así transcurrió la vida... — murmuró y con un suspiro, rememoró el momento de su recepción profesional como Licenciada en Administración Bancaria.

A partir de entonces tuve la oportunidad de disponer de un poco de tiempo libre, ¿pero con quién hubiera podido relacionarme, si todos los días convivíamos con los mismos compañeros en el Banco?, y si esporádicamente, se llegaba a realizar una reunión, pues eran ellos mismos quienes asistían; de tal manera que los funcionarios de la banca, terminan casándose entre ellos, o teniendo relaciones no formales, con resultados de embarazos no deseados, o tal vez deseados pero no aceptados.

No puedo olvidar aquellos momentos, me parece verlo como sucedió, primero las insinuaciones, luego el acoso directo de compañeros, jefes y alguna que otra del mismo sexo, pero... pensándolo bien, creo que es lo mismo en cualquier dependencia de trabajo, cuando se convive durante mucho tiempo, o tal vez, como cantan por ahí, después de dos tequilas o tres vodkas: "...Con el trato continuado y el sabor de las caricias..." y con el tiempo resulta, *que tanto va el cántaro al agua, que termina por quebrarse.*

Algunas otras veces, puede surgir una relación con algún cliente. Conozco algunos casos donde así sucedió, pero la realidad es que al final aunque sea así, termina uno casándose con el Banco. No cabe duda, y es tan celosa esta institución, que hace que los matrimonios terminen en divorcio, al no ser posible para una mujer banquera, atender la vida de matrimonio; ya que se trabaja arduamente en el banco, después en la casa y al final, todavía hay que mantener contento al marido, el cual también es banquero y se encuentra agobiado por el banco. Bueno, ni siquiera en los fines de semana cambian las cosas; ya que de tanto tratar personas, aguantar enojos y en ocasiones groserías, hay que llegar a la casa a cuidar niños o atender los asuntos del hogar,

de manera que al final, ni ganas quedan de revivir el matrimonio... ¡ni qué remedio!, lo mismo sucede en cualquier lado, cuando ambos tienen que trabajar y existen hijos de por medio.

El flash de una cámara fotográfica hizo parpadear a Ivette, regresándola al lugar de la ceremonia, donde acomodó el paso al compás de la marcha nupcial, aunque esto no fuera importante, ya que lo largo del vestido, impedía ver sus pies.

— ¿Estaré haciendo lo correcto? — Se preguntó —. De todos modos, ya no hay remedio, no me puedo arrepentir, lo hecho, hecho está. Es para bien. No lo dudo. — Sintió un ligero temblor que le recorrió todo el cuerpo, al escuchar de nueva cuenta la campana.

VII

Marcelo no la perdía de vista ni un momento, la seguía atento en su transitar hacia el altar. Era tanta su emoción, que la vista se le fue nublando, de modo que todo el derredor de la mujer, se fue poco a poco transformando en una masa de manchones cromáticos indefinidos. Era tal la excitación que en ese momento vivía, que se le secó demasiado la boca y la respiración incrementó su frecuencia, la cual para entonces ya era de por si muy acelerada, provocando se hiperventilara; ocasionando la deformación de la imagen fijamente observada.

Instintivamente, pasó el dorso de la mano sobre su frente, sintió un calambre y fue cuando de manera súbita, se vio transportado al lugar donde siempre había querido estar con

ella... Un paraíso, el cual, desde que lo conoció, se había convertido prácticamente en una quimera para él... Eran aquellas playas de arena fina y blanca del litoral oriente de Cozumel, junto a un rustico hotelito de cinco cuartos y una palapa a manera de restorán, donde se puede ver directamente, al horizonte del inigualable mar verde esmeralda del Caribe. Allá donde las olas de gran tamaño, rompen de manera estruendosa sobre el arrecife y laceran el silencio de la tarde.

Nunca tuvo duda, ese era el lugar al que iría con ella, en su luna de miel. Lo había pensado e imaginado cientos de veces. La veía sentada sobre un lecho antiguo, entre sábanas de una blancura extrema, cuidadosamente estiradas, de tal forma que una moneda arrojada a ellas, podría rebotar sin problemas. La cabecera de la cama, fabricada a base de barrotes tubulares pintados con esmalte blanco brillante, era por si misma, una obra de arte. Cada una de estas barras finalizan en una pieza esferoidal, también esmaltada de blanco, con incrustaciones de vivos dorados, las que guardan cierto parecido, a los famosos huevos rusos de Fabergé, creados en la época de los Zares; los cuales rematan esa acicalada celosía, conformada por tornillería y uniones de latón resplandecientemente pulidas.

Ya fuera de sí y del lugar imaginario donde se encontraba, Marcelo por un segundo regresa a donde realmente está... cerca del altar. Sólo acierta a escuchar su propia respiración, resollando como fuele de fragua sobrecargada, mientras su mente, también trabajando de manera desquiciada, recupera de nuevo la imagen quimérica de su paraíso soñado...

Así la imaginó, como siempre lo había hecho en las tardes solitarias: ...Sentada con las piernas recogidas, las rodillas y muslos francamente abiertos a los lados y cubiertas apenas por la faldilla del negligé transparente, consintiendo adivinar sus eróticas intimidades.

Los brazos abiertos en forma de "A", a manera de soportes, la sostienen en la posición mencionada y caen sobre los almohadones de percal blanco, con bastilla de holán hilvanado alrededor de los mismos, los que se confunden con la fina lencería que viste, y que no es otra cosa más, que una segunda piel escogida por ella, para él, quien segura está, será desollada con apasionados besos.

En ese entorno, la bella y exuberante mujer, protege sus suaves manos, con unos guantes de seda blanca transparente, los que terminan cada uno, en un encaje fijado a las muñecas de cada brazo, y a través de ellos se logran

observar las bien delineadas uñas, pintadas de color coral. De manera similar a las manos, los pies se encuentran cubiertos por unos “tines”, calcetas cortas de tul y encaje blanco, amarradas al tobillo con un listón del mismo color..., blanco sobre blanco, el color de la pureza y del amor... El momento y la situación, tienen a Marcelo, materialmente al borde de la esquizofrenia pasional.

Por un instante, enardecido al máximo y en total frenesí, pudo en su mente escuchar claramente, la excitada respiración de esa hermosa rubia de blanca piel, quien concentrada en el amor, lo espera ansiosa e implorante con los ojos cerrados, la boca entreabierta y la cara ligeramente levantada, aguardando confiada, la satisfacción a sus emociones contenidas. Es tal su posición, que deja en libertad lasciva el terso cuello, aprisionado por un collar ajustado de perlas.

La dorada cabellera de la dama cae libremente sobre los desnudos hombros y permite ver entre los rulos, el paso del brillo de las arracadas con incrustaciones de pequeñas perlas, las que de manera insinuante le invitan a besarle los oídos con pasión, mientras en su mente, una y otra vez, se repite el estribillo de aquella vieja canción, la cual, quien sabe por qué imprevisamente llegó a él:

“...para aturdirle de sus sentidos..., le daba besos en los oídos..., y para amarla con toda calma..., daba otros besos..., pero en... el alma...”

Por un momento, al sentirse observada, bajó la mirada y tomó entre las manos sus firmes senos y con la punta de los dedos, acarició los pezones ya erizados por la pasión, en clara invitación al acto de amor tan esperado... Marcelo, incitado y sumido en la inconciencia sexual, se aproximó a los impacientes labios para besarla..., cuando escuchó el sonido metálico de la campana.

Sorprendido, reaccionó instantáneamente y regresó de un tirón a la realidad, alcanzando a penas fugazmente, a ver la sonrisa que Ivette le enviaba, antes de mover la cabeza, al cambiar la vista en busca de sus hermanos para saludarlos, mientras el vuelo del velo, le impidió a Marcelo, observar sus ojos verdes irradiando alegría.

VIII

Una ligera corriente de aire se filtró a través de la nave de la capilla, llevándose de nuevo los pensamientos de la mujer banquera hasta uno de los rincones más profundos de su psique: a una de las reuniones de los lunes en el Banco...

En aquella ocasión, entre los asistentes a esa junta, flotaba en el aire la idea, de que algo importante se “cocinaba...”, de manera adicional a la agenda rutinaria.

Ya se encontraban reunidas en la sala de juntas, todas las gerencias y direcciones de zona de la región, cuando al dirigirse Ivette a un lugar libre en la mesa de juntas, escuchó al director general decir:

- Directora..., directora, — repitió tratando de llamar la atención de la mujer sin lograrlo —. Por favor directora Ivette Fernández de la Rosa, pase a ocupar su lugar junto a mí.
- ¿A quién mencionó? — replicó Ivette, al no alcanzar a comprender lo que escuchaba, al tiempo que movía la cabeza de un lado a otro, tratando de identificar a quién habían mencionado.
- Es a ti mujer — quedamente la corrigió una compañera asombrada por el tan inusitado nombramiento, tapando su boca con la mano, para que nadie de los demás se dieran cuenta de la advertencia en susurro que le hacía y recalcó —. Te dijo directora...
- Pero, si no lo soy, creo que se equivocó — replicó aún sin salir de su asombro.
- ¡Sí!, es a usted, señorita directora, repitió remarcando lentamente las sílabas una a una.
- Bueno, si usted lo dice señor director, pero...
- Lo quiere o no lo quiere, defina.
- Este... ¡sí!, si lo quiero, espero no decepcionarlos. Solamente estoy sorprendida... Le prometo que voy hacer mi mejor esfuerzo como siempre. — Abrumada, dirigió la mirada al director general y obedeciendo, se acomodó a su

lado, en el lugar donde el alto funcionario le indicaba, palmeando la silla.

Después de colocar sobre la mesa, la carpeta de piel con documentos que llevaba, se acomodó en la silla, alisó la falda estirándola a las rodillas, colocó su mano derecha en su mentón, respiró profundo y fijó la mirada en los ojos del máximo administrador, prestándole toda su atención.

Por la experiencia de tantos años, Ivette sabía que en esos momentos no debía preguntar, únicamente acatar las decisiones de los jefes. No había otra manera de actuar, simplemente estas decisiones se aceptan y no se cuestionan, ya que el coloquio por venir, no era más que una fórmula. Lo que tenía que ser, iba a ser...

Quieta esperó a conocer por su jefe, lo que el consejo de administración del Banco había decidido. Conocía de sobra y esperaba los momentos desagradables, que tendría que vivir en el futuro, a raíz de lo que estaba sucediendo en esos instantes... En otras ocasiones había tenido que aguantar situaciones similares y sabía que dentro de sus compañeros de trabajo, habría celos y represalias, pero ya estaba acostumbrada...

Recordó la ocasión vivida años anteriores, cuando un anónimo reclamando uno de sus ascensos, fue enviado a la dirección general. No pasó nada, pero fue muy incomodo tener que defenderse, de informaciones anónimas y particularmente falsas. Sin embargo hoy era una de las directoras del Banco. “Le Pese a quién le pese”.

- Gracias — dijo tímidamente, aunque hasta ese momento todavía no sabía, de qué era directora; pero el jefe lo había dicho, entonces así era. No dudaba por un momento que detrás de todo se encontraba la mano de José Salvador, siempre protegiéndola y apoyándola.
- Ivette... — con voz adusta, el director intervino —, el consejo de administración la escogió por su experiencia, actitud y perfil profesional, creemos que es la persona idónea para el puesto. A partir de ahora, eres la Directora de Comercio Internacional del Banco y atenderás tres continentes: Europa, Asia y América.
- Gracias — fue lo único que acertó a decir, mientras se escuchó el fuerte aplauso de la concurrencia.

Con la mirada recorrió las caras de todos los que ahí se encontraban. La mayoría mostraban una sonrisa de aceptación y gusto por la amiga

seleccionada, sin embargo, segura estaba que algunas que se mostraban serias, eran por envidia o enojo al no haber sido ellos los escogidos. Poco a poco, con el tiempo algunos tendrán que aceptarlo y los que no, se irán descubriendo por si solos. Dejó escapar un suspiro desde lo más profundo de su ser y pensó que ya se las arreglaría en su momento, para resolver cada una de las situaciones que se fueran presentando. De todos modos ya contaba con el poder institucional. Tendrían que obedecer sus órdenes, no habría otra opción.

Al final de la junta y estando sola en su nuevo despacho, apretó los puños, sonrió y dejó salir de su pecho un “Bien, lo hice”, y una no muy silenciosa risa, brotó de su garganta.

Al poco tiempo, como lo esperaba, comenzaron a surgir los problemas, con algunos cuantos de los que aquel día sonrieron poco o no lo hicieron; por lo tanto “haciendo de tripas corazón” no le quedó otra opción más que enfrentarlos.

- Miren, — dijo Ivette con severidad —. Me imagino lo que sienten. No dudo que algunos de ustedes consideran injusto mi ascenso, pues seguramente lo querían para ustedes... Pues quizá lo sea, o tal

vez no. No lo sé y no me interesa. Yo no lo pedí, pero de cualquier manera ya no hay remedio. Todos estaremos mejor y trabajaremos sin problemas, si es que verdaderamente queremos enfrentar la realidad y le damos vuelta a la página de la vida y olvidamos lo acontecido. Todos ustedes son de lo mejor como banqueros, todo mundo lo sabe, pero... ya párenle por favor y no se estén haciendo la vida de cuadritos con tanta *grilla*. Así que de una vez por todas, aceptemos las cosas como son y dediquémonos a lo que debe de ser. A captar y prestar dinero.

A partir de entonces, Ivette ignoró las quejas, odios y zancadillas, Fueron muchas, pero decidió simplemente trabajar con más ahínco. Demostraría que no fue un error, regalo, compensación de algún favor otorgado, o únicamente por su cara bonita, la asignación del puesto. Trabajaría como esclava, si así fuera necesario, de manera que les resultase muy difícil a todos, pensar que tuvieron razón sus detractores y difamadores.



El puesto como lo esperaba, no resultó ser un

pedazo de pastelito de fresa, definitivamente se enfrentaba a un gran reto. Por lo pronto habría que viajar mucho, pasarse las lentas horas en los aviones cruzando los mares, océanos y usos horarios, para llegar a las oficinas de representación en cada continente. Pasaría su vida entre vuelos y hoteles. Claro que siempre con gran lujo, pero al fin y al cabo, sola y cansada.

El pensamiento rápidamente voló entre nubes, comidas en restaurantes elegantes, vinos de mesa, amaneceres y crepúsculos. Recordó rauda y veloz, todo ese espacio de su vida que desempeñó de manera eficiente y reconocida por sus superiores... Nubes. ¡Sí!, nubes y más nubes, entre nubes, como las que ahora observa pintadas en la cúpula de la capilla, las que le traen súbitamente de vuelta, al grato momento actual que vive y, entre los ahí reunidos reconoce a José Salvador, quien esboza una amplia sonrisa de satisfacción, al ver a su protegida contenta y desplazándose por el pasillo, como si flotara sobre las nubes...

No sólo se veía hermosa, sino se sentía muy hermosa y segura de si misma. Recordó que en una ocasión cuando tenía pocos años de estar en el Banco, José Salvador le dijo:

—Tú tienes un don... Transformas cualquier negocio en dinero.

Las llamas de las veladoras parpadearon al sentirse otra corriente de aire circulando por el interior de la capilla y mentalmente elevó una plegaria: << Gracias Señor por todo lo que me has dado y por esta oportunidad de vida que ahora me otorgas >>. La campana volvió a expresarse con fuerza y retumbó a través de todo lo largo de la cúpula túnel de la iglesia.

La dama de blanco, sin perder la sonrisa, continuó su andar con aplomo y seguridad. Su mirada se cruzó con la de Marcelo, quien se encontraba al final de las hileras de bancas, esperando que ella terminara su magistral recorrido.

IX

Las piedras rodando se encuentran, dice el dicho, o también: *Dios los crea, y ellos solitos se juntan*. No cabe duda, esto había sucedido con este par de enamorados. Con cierta regularidad, Marcelo llegaba a la sucursal donde Ivette era la gerente, para llevar a cabo los trámites financieros que necesitaba.

Mientras el arquitecto hacía la fila necesaria para llegar a la ventanilla de los cajeros, la observaba sin llamar su atención. Claro que le atraía su belleza y su actuar rápido y decidido, sin embargo, nunca tuvo la necesidad de recurrir a su persona, y ni siquiera en todos esos años, sus miradas se cruzaron. ¿Cómo habrían de entrelazarse sus vidas?, si ella nunca lo vio y el tampoco se hizo notar; hasta aquel día, cuando él salió apresurado del área

de cajas y al girar sobre si mismo para encaminarse hacia la salida, se topó de frente con ella, quien de forma fortuita, se había movido intempestivamente de uno de los escritorios, rumbo a las cajas.

Con las manos llenas de papeles y documentos, Ivette frenó su caminar y Marcelo tuvo que detenerse de improviso ante ella. Las miradas quedaron fijas entre ambos.

- Usted disculpe — sorprendido Marcelo le dirigió la palabra.
- No se preocupe — contestó pausada la mujer, arreglando los papeles que intentaban saltar de sus manos —. A ver, a ver, venga por favor para acá, a mi escritorio, quiero comentarle algo.
- Con mucho gusto, pero ¿no interrumpe algo que iba a hacer a las cajas?
- No importa, luego lo hago.

Marcelo se acomodó en una de las sillas enfrente a ella y esperó mientras colocaba los documentos sobre la mesa.

- ¿Quiere un préstamo para su empresa? Usted diga que si, llenamos un formulario de una hoja y a más tardar en un par de días está abonado en la cuenta de su negocio.

Sorprendido Marcelo, primero no atinó que decir, pero pasado un instante, contestó:

- No lo tenía pensado y menos para este momento, aunque estamos en un plan de desarrollo de la empresa y no estaría mal utilizarlo para ese proyecto — respondió Marcelo, actuando como alguien que ha sido pillado con las manos en la puerta—, pero no traigo documento alguno, de los que posiblemente requieran y además no me conoce...
- Eso cree usted que no lo conozco..., además con mi firma, puedo otorgarle un crédito hasta por cinco millones de pesos. Mire, ahorita le puedo dar un crédito por dos millones de pesos y posteriormente, con ciertos documentos requeridos por el área de crédito, completaremos al tope de mi capacidad de autorización.

Marcelo quedó asombrado por la audacia y seguridad de actuación de la banquera. Varios años tenía ya tratando con bancos y banqueros, y no le era desconocida la rutina de los trámites a seguir, los cuales, se resumían en llenar hojas y hojas de información, así como kilos de copias de documentos, de todo tipo y algunos tan raros, que a veces pensaba que le iban a pedir los apuntes escolares de

tercero de primaria, o el certificado de bachillerato de la bisabuela.

También sabía que el trámite consumía tanto tiempo, que se volvía un juego de ping pong, hasta que por cansancio se llega al punto de abandonar el procedimiento o esperar la respuesta de "...Usted dispense, pero su crédito no fue autorizado...", pero hoy, parecía que había sucedido un milagro. ¡Sí!, un milagro... Se conocieron.

Ivette era una mujer cuya energía vital fluía con vigor y de quien Marcelo sin demasiada dificultad se enamoró. Antes de esa mañana, en las pocas veces que la había visto en el banco, sin razón alguna, cada una de las veces había sentido la calidez y el hechizo que emanaban de ella. No era otra cosa más, que simples virtudes. Tan normales como su comportamiento, o tal vez como respirar.

Sin embargo, el arquitecto Marcelo Martínez, con mucha inseguridad, pensaba qué... él no tenía el más leve atractivo para ella. Nunca en todo ese tiempo trató de averiguarlo y por eso ni siquiera se había acercado a esa hermosa dama. ¿Por qué involucrarse emocionalmente con esa mujer tan especial? Seguro era que tenía pareja o compromiso formal con alguien. No era la mejor opción, ni mucho menos era lo

más bueno para sus propias expectativas de vida. No obstante, en aquella ocasión, como en algunas veces lo había sentido, percibió el fuerte jalón del palpitar del corazón y en todo caso, tras un fugaz análisis de la mente, llegó a la conclusión que: << no veo ninguna razón, para tener empacho alguno, de comprometerme con ella, a pesar de mis temores >>.

Con esos pensamientos en su interior y un poco titubeante, antes de retirarse de la sucursal, Marcelo se despejó la garganta con un carraspeo y le preguntó:

- Disculpe, ¿podríamos comer alguno de estos días...? — y sin esperar respuesta prosiguió — bueno, si usted no tiene compromiso... Tal vez pueda explicarle mejor, que es lo que nuestra empresa realmente hace y cual es nuestro desarrollo empresarial. Pienso... que sería interesante conocernos un poco más.

Ivette sin contestar, se quedó un momento tensa, observándolo fijamente con esos hermosos ojos verdes, lo que provocó el parpadear de Marcelo al pensar: <<bueno, el ofrecimiento ya está hecho, de todos modos el no, ya lo tengo, aunque tal vez me pueda ganar

el sí >> y continuó razonando... <<¿Será bueno estar los dos juntos alguna otra vez?, ¿si sólo unos cuantos minutos me han provocado tan grande turbación? ¿Sería correcto escucharla y verla platicar de cosas ajenas a los negocios, las que seguro estoy despertarán en mí, muchas emociones encontradas, al estar tanto tiempo y tan cerca de ella en la misma mesa? Definitivamente no es nada juicioso, pero ya lo hice y me gustaría mucho que respondiera con un sí >>.

Marcelo respiró profundo y mientras esperaba la respuesta meditó << Eres un gran tonto, si sufres porque te rechazan, no será la primera vez y si no lo intentas, la perderás por tus propios y ridículos temores. De todos modos, será tu culpa >>.

- ¿Por qué no? Me parece bien. — respondió Ivette —. Mire ahorita como puede ver estoy muy atareada, pero hábleme a eso de las seis de la tarde y quedamos para otro día. ¿Está bien?
- Así lo haré — dijo el hombre complacido y continuó hablando para sí, mientras se retiraba de la sucursal bancaria —. Ahora tengo que pensar a dónde sería bueno ir..., a un buen lugar por supuesto, a uno que sea agradable y romántico... —. Al caminar por el estacionamiento, una gran

sonrisa apareció en su cara. La gente con la que se cruzaba, se le quedó viendo, a él no le importó.

Subió el arquitecto a su pick up satisfecho, mientras la banquera al esperar que el sistema de seguridad le permitiera acceder al interior del área de cajas, su pensamiento regresó rápidamente a los instantes anteriores, a la invitación. << Bien sabía que desde hace tiempo quería invitarme, nunca dudé que lo hiciera, porque si no lo hubiera querido, bueno, como diría mi abuelita: pues, simplemente no te hubiera invitado... Pero una cosa estoy segura, el día de hoy he perdido la prudencia, si es que no la cordura...>> Con cuidado aseguró los documentos con una mano, al abrir la puerta blindada que la llevaría al área de cajas y continuó su cavilación: << Si realmente tuviera un par de dedos de sentido común, no iría, inventaría cualquier pretexto para zafarme del compromiso, pero... se muy bien que asistiré y con gusto >>.

La campana al sonar de nuevo, golpeó los tímpanos de todos los feligreses, y a ella la sacó de sus pensamientos. Ya casi llegaba al final de su camino: el Altar. Ivette frunció los labios y envió un beso de trompita, apenas sonoro a Marcelo, como reconocimiento de su amor.

X

Ante el altar y el sacerdote, aquel compañero y amigo exbanquero, Ivette no perdía instante alguno de la ceremonia. A pesar de la emoción del momento, se le podía observar tranquila, satisfecha, feliz, como tantas veces se le vio, al lograr una buena operación bancaria o un crédito para un cliente difícil. Los ojos radiantes, brillaban cual esmeraldas, la sonrisa ligera pero sincera y los dientes blancos igual a las perlas de su collar y aretes, incrementaban su belleza; en tanto Marcelo, perlado por el sudor de los nervios, sin saber bien por qué, presentía la pérdida de algo de mucha importancia; pero obteniendo fuerza de flaqueza, mantenía su mirada perdida, entre la parte alta del altar y la hermosa faz de la mujer a quien tanto creía amar, pero que hasta hoy realmente se había dado cuenta, de lo terriblemente enamorado que se encontraba,

aunque para estos momentos, ya no sabía si el amor era verdaderamente amor o éxtasis sexual de lo querido.

Su mente giraba sin control de un lado a otro, introduciéndose en los intersticios de su relación, de los lugares donde se habían encontrado, en aquellos espacios donde se habían amado... Lugares, lugares, en tantos lugares que la mente lo tenía atiborrado de imágenes, resultando que se encontrara como ido, pensando únicamente en ella, en la poesía del amor, pero con una sonrisa estúpida a los ojos de todos.

Las campanadas dando la hora, que al inicio de la ceremonia también habían comenzado, dejaron de tañer desde un buen tiempo atrás. Fue casi cuando Ivette llegó al altar. Para Marcelo, la homilía cayó en oídos sordos, todo lo que sucedía ahí y en su alrededor dejó de importarle. Las paredes, los arcos, las bóvedas, los cuadros y los íconos se convirtieron en simples paredes blancas con manchas deformes de múltiples colores, los cuales no eran otra cosa, que la gente ahí presente. Fue entonces, cuando la vida completa y la relación con ella, pasó frente a sus ojos en un parpadear. Ahí estaba, porque era ella lo mejor que había conocido, era la mejor parte de su vida, su futuro y ahora lo

enfrentaba con valor. Sabía que todo era para bien. El silencio momentáneo, generado al dificultársele al sacerdote, voltear la hoja del misal, se rompió de pronto..., fue cuando se escuchó al Vicario del Señor a plena voz preguntar...

- Ivette. ¿Aceptas la decisión para toda la vida?

Y la respuesta se escuchó fuerte y sin titubeo.

- Sí padre, lo acepto para toda la vida, en las buenas y en las malas, en la enfermedad y en la alegría.
- Entonces..., recibe este hábito, signo de la fidelidad, y permanece fiel a la iglesia, esposa santa de Dios. — Alzando la mano derecha y haciendo la señal de la cruz, dio la bendición y termino diciendo: — *ite missa est...* Idos que la ceremonia ha terminado.
- Demos gracias a Dios. — Respondió la comunidad al unísono.

Repentinamente el lugar se llenó de locura... En forma efusiva, el altar se colmó de luz. El conjunto de cuerdas tocó en *allegro intenso* el Aleluya y el coro de monjitas lo cantó con tal emoción, que hizo vibrar a todo el recinto, incluyendo a Marcelo.

Los *cuetes* silbaron y explotaron en las alturas, las campanas tocaron a rebato y al arquitecto Marcelo se le resbalaron un par de lágrimas, al ver a Ivette retirarse el velo, quitarse los aretes y el collar, dejándolos con cuidado a los pies de la imagen de la Guadalupana. También con inquietud miró que se retirara los guantes y ayudada por el cura, colocarse la capa del hábito de la orden, a la que desde ese momento ya pertenecía.

Marcelo buscó la cara de Ivette afanosamente, quería ver sus ojos esmeraldas, sentir su sonrisa y acariciar sus cabellos... No podía dejar de observarla con anhelo y así esperó su mirada hasta que ella salió por la puerta localizada en la parte posterior del coro... Pero en ningún momento, la financiera volvió la cara al pasado.

El aroma de las velas y del incienso, los aplausos de los presentes y la alegría del momento, se sintieron por doquier... Las campanas siguieron tocando alegremente por un rato más... Mientras un hombre cabizbajo, meditabundo, lento y furtivo, se encaminó hacia el portal de la capilla, ensimismado y sin intentar volver la vista atrás... Por un instante le pareció escuchar las notas de “Las golondrinas”, pero no levantó la vista, solitario

continuó caminando...

Amén.